

De Huerta a Noriega

Todo Cambia, Todo Sigue Igual

POR LORENZO MEYER

EN principio, todo hecho histórico es único. Sin embargo, en su esencia los fenómenos sociales rara vez son enteramente inéditos. Algunas de sus características centrales son similares a las que presentan otros hechos de naturaleza semejante en el tiempo y el espacio. Es justamente esa similitud relativa lo que nos permite hablar de leyes sociales.

Lo que hoy sucede en la relación entre los gobiernos de Panamá y Estados Unidos no es enteramente nuevo ni inesperado. En realidad este conflicto tiene muchos puntos de similitud con otro ocurrido entre México y su vecino del norte hace ya tres cuartos de siglo. Ambos muestran —además de otras cosas— que para la potencia hegemónica es relativamente fácil iniciar el proceso de intervención en lo que se considera su zona natural de influencia —México, Centroamérica y el Caribe— pero que es mucho más difícil obtener los resultados deseados.

★

PESE a la enorme asimetría —Panamá apenas si supera hoy los dos millones de habitantes— la acción imperial tiene límites; las sociedades, incluso las pequeñas y pobres, no son masas inertes que se manejan a voluntad de los poderosos, sino tejidos muy complejos. Afganistán es otro ejemplo reciente de lo mismo; pero volvamos a México y Panamá.

En el México de 1913, un general contó con el consentimiento norteamericano para hacer a un lado los resultados electorales y quitar del puesto a un Presidente que no atendía

con bastante diligencia las demandas del emisario del gobierno de Washington. En el Panamá de hoy, los norteamericanos creyeron, por un tiempo, contar con un general muy parecido. En los dos países, el poder de los generales pareció aceptable e incluso "natural" a los ojos de algunos de los intereses del imperio; después de todo en ambos casos la herencia disponible no era la democrática, sino la de sistemas autoritarios basados en un "hombre fuerte": Porfirio Díaz y Manuel Torrijos, respectivamente.

Tanto Victoriano Huerta en México como Manuel Antonio Noriega en Panamá, no son ejemplos de personas jóvenes de extracción popular que encuentran en la carrera de las armas una de las pocas vías de ascenso social. Su compromiso es más con ellos mismos y su corporación que con un proyecto nacional de la élite. Y su ética personal y política tiene menos que ver con la del estadista y mucho más con la del oportunista.

En los dos casos, los generales en cuestión sirvieron bien a los "hombres fuertes" que les precedieron, y sólo intentaron tomar el poder cuando esos caudillos —Porfirio Díaz y Omar Torrijos— habían desaparecido. En los dos casos hubo pactos entre los que se sentían herederos del antiguo régimen, pactos que aprovecharon bien los generales y luego fueron tirados sin remordimiento al cesto de los papeles inservibles.

★

EFECTIVAMENTE, en principio Huerta llegó a la Presidencia debido a un acuerdo secreto con Félix Díaz —el "Pacto de la Embajada"—, y sólo para preparar unas elecciones en las que debería triunfar el sobrino del antiguo dictador. En Panamá, tras la muerte de Torrijos —julio de 1981—, hubo un acuerdo secreto entre los tres herederos del difunto líder populista (Rubén Darío Paredes, Roberto Díaz Herrera y Manuel Antonio Noriega). Huerta no tardó en gustar de la silla presidencial y mandó a Félix Díaz a Japón en una misión diplomática sin importancia y de ahí al exilio político. Noriega, una vez al mando de las Fuerzas de Defensa en agosto de 1983, sacó de la jugada inicial a Paredes primero y a Díaz Herrera después; se quedó él solo con el poder real en tanto que dejó al Presidente el formal. Y cuando alguna política presidencial le disgustó, entonces no tuvo empacho alguno en deshacerse de su autor; así fue como puso y quitó de ahí a tres: Ricardo de la Espriella, Nicolás Ardito Barletta y, recientemente, a Eric Arturo Delvalle.

Tanto Huerta como Noriega se manifestaron en

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

De Huerta a Noriega

Sigue de la página siete

un principio obedientes ante las señales que les enviaba Washington. A los intereses norteamericanos en sus respectivos países los defendieron casi como si fueran propios, por así convenirles. Sin embargo, cuando les cambiaron las reglas, la reacción de ambos fue involucrase en la bandera del nacionalismo y alertar a las masas para resistir a un imperialismo que al principio habían bienvenido. A Huerta le extraño sobremanera que Woodrow Wilson —el antiguo profesor recién llegado a Presidente— se opusiera a lo que el general mexicano consideraba casi natural: la eliminación violenta de sus enemigos —el asesinato de Maderó, Belisario Domínguez, etcétera— y el desdén por las prácticas de la democracia —disolución del Congreso, elecciones fraudulentas, militarización de la sociedad, etcétera—. Noriega, por su parte, debió de suponer que, mientras sirviera bien a los norteamericanos en su lucha secreta contra Nicaragua, cosas como la destitución de presidentes, la decapitación del ex ministro de Torrijos —el doctor Hugo Spadafora— y el narcotráfico, eran cosas permitidas, *peccata minuta*. Se equivocó, pues si bien la danza de los presidentes y algunos asesinatos no afectaron a los norteamericanos, el narcotráfico sí, pues su combate se ha convertido en parte de la agenda electoral en Estados Unidos, y Noriega en un blanco legítimo.

como tenue velo de legitimidad con miras a una intervención militar directa en Veracruz. Quizá lo mismo va a ocurrir en Panamá; los incidentes prefabricados ya se iniciaron, como ese en que los marines se dispararon entre ellos hace unas semanas en la zona del canal. Sin embargo, en el caso de México, el resultado de toda la complicada operación de intervención no correspondió a las expectativas norteamericanas. A la caída del dictador no sobrevino la estabilidad, sino la Revolución, y cuando el humo de esta nueva lucha se disipó, había un gobierno —el de Carranza— particularmente antinorteamericano y antiimperialista. No es del todo impensable que Reagan se encuentre al final de su camino en Panamá con una frustración similar; no es seguro, pero tampoco imposible.

*

A mi juicio, y pese a todas sus similitudes, una de las grandes diferencias entre México en 1914 y Panamá hoy se encuentra en la naturaleza

de la oposición. Noriega afronta una no violenta, de clase media y clase alta, pronorteamericana y sin mucha autonomía. Huerta, por lo contrario, debió de luchar contra una oposición armada, mezcla de clases medias y populares —las altas estaban con la dictadura—, cuyo proyecto no dependía de la aprobación de los norteamericanos. Sin embargo, el interés de este artículo es resaltar las similitudes y no las varias diferencias para hacer notar que, si bien Estados Unidos es una sociedad extraordinariamente rica y fuerte, sus intervenciones en su zona de influencia tropiezan con más obstáculos de los que aparecen a primera vista. Granada es la excepción y México, Nicaragua o Panamá, la regla.

Desde el punto de vista de los intereses mexicanos, entre más se complique la situación panameña para los estadounidenses, mejor. Sólo así, experimentando la frustración, el gobierno de Estados Unidos puede moderar sus instintos intervencionistas en su zona de influencia; nada más de ese modo puede Washing-

ton adquirir conciencia de lo difícil de poner en práctica su deseo de moldear su entorno inmediato según sus intereses y sólo por sus intereses. Sin duda a la larga, Noriega está perdido y va a tener que abandonar su papel de hombre fuerte en Panamá —lo que en sí mismo es positivo—, pero quizá lo haga según sus condiciones, para que no le suceda como a Somoza, que tras seguir puntualmente las instrucciones que le enviaron desde Washington, terminó sus días expulsado de Estados Unidos y asesinado en una calle de Asunción. Si Noriega consigue negociar su salida e imponer condiciones, el general narcotraficante habrá dejado, muy a pesar suyo, algo positivo para su país y el resto de América Latina: una lección para Estados Unidos. El sufrimiento y el sacrificio panameños de hoy, como los de México en lo pasado, no habrán sido en vano. Con un poco de suerte, el drama de Panamá puede concluir en un golpe triple: al militarismo, a la corrupción y a la prepotencia imperial.

EL Presidente Wilson encontró, allá en 1913 que, pese a la debilidad de México, el simplemente pedirle a Huerta que abandonara el poder por así convenir a los intereses norteamericanos, no producía ningún resultado práctico. Tampoco logró ese objetivo el envío de representantes especiales, en buques de guerra, a las costas mexicanas, ni el embargo de armamento o la suspensión de préstamos. Huerta jugó con las contradicciones interimperiales y obtuvo, por un tiempo, ayuda de Gran Bretaña y Alemania, así como la simpatía de algunos de los intereses norteamericanos en México. Noriega tampoco se ha ido pese a los mensajes que se le han enviado, al boicot económico y al aumento de tropas norteamericanas en la zona del canal. Ha encontrado ayuda dentro y fuera de Panamá, no mucha, pero suficiente para poner en ridículo al poder imperial, que se ha visto obligado a variar su estrategia.

Ni a Huerta ni a Noriega los abandonó su respectivo Ejército, pese al enorme riesgo que entraña para aquéllos el enfrentamiento directo con Estados Unidos y con la oposición antidictatorial interna. En nuestro caso, la lealtad de los militares fue tal que el gobierno posterior al de Huerta, en 1914, debió destruir totalmente al ejército del dictador (los tratados de Teoloyucan). Tanto entonces en México como hoy en Panamá, el gobierno norteamericano consideró adecuado tratar de involucrar a algunos países latinoamericanos como mediadores en el conflicto, pero el entusiasmo de éstos por cumplir el papel que se pensó para ellos en las oficinas de Washington no fue mucho ni entonces ni ahora.

Al final, desesperado y lleno de impaciencia, el gobierno de Washington debió de inventar un incidente con Huerta, para usarlo